

Los Albores de la Medicina y la Cirugía*

J. SILVA, M.D., MSCC (Hon).

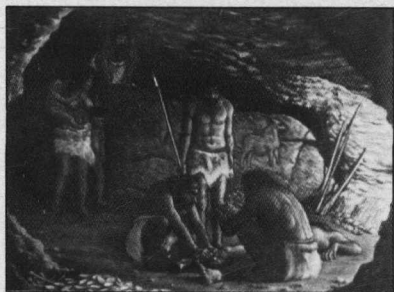


Fig. 1. Medicina de las cavernas.

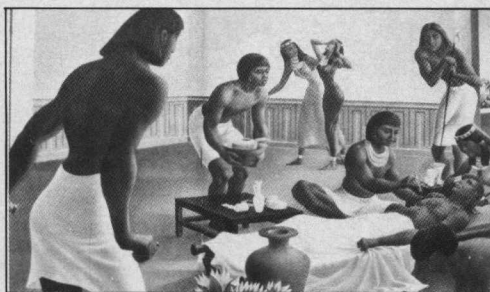


Fig. 2. Medicina egipcia.



Fig. 3. Médico babilónico.

Con el ánimo de contribuir, así sea modestamente, al movimiento humanístico que en buena hora se desarrolla con intensidad creciente en todos los medios y niveles médicos universales, intentaremos vislumbrar “Los Albores de la Medicina y la Cirugía”, realizando un fugaz recorrido desde la prehistoria del hombre hasta el Renacimiento de los siglos XV y XVI, cuando surge un portentoso florecimiento y una maravillosa transformación de las ciencias, las artes, la literatura y las manifestaciones todas de la experiencia y del saber humanos, cuya expansión y divulgación fueron facilitadas, a partir de entonces, por el feliz advenimiento de la imprenta de Gutenberg en 1440. Al diseñar el esbozo del amanecer de la ciencia medicoquirúrgica, nos limitaremos tan solo a mencionar las ideas básicas y los grandes acontecimientos y personajes involucrados en el llamado “Triángulo Hipocrático”, delimitado por el paciente, la enfermedad y el médico, que incluye todo el panorama filosófico-médico, interpretado como la macrohistoria de la medicina y la cirugía antiguas (1).

Medicina prehistórica

El origen del arte de curar que precedió a las ciencias médicas y a la aparición de la escritura, hace más de cinco mil años, se confunde con la superstición, la magia y el empirismo (2), utilizados ancestralmente por el hombre prehistórico. El dolor, ese inseparable compañero del ser humano, que a veces tortura, en ocasiones alerta contra la enfermedad y siempre purifica el espíritu, provocó reacciones instintivas que indujeron a emplear métodos elementales como el de friccionar el vientre ante el cólico abdominal, el de someter al calor las articulaciones entumecidas, el de limpiar

las heridas contaminadas o el de refrescar con el agua fría al cuerpo afiebrado; asimismo, se aprendió precozmente a detener la hemorragia mediante la compresión (3) (Fig. 1).

La magia vino a ser la panacea contra la enfermedad. El hombre primitivo se refugió en ella, pues su desarrollo mental no lo capacitaba para comprender la enfermedad ni los fenómenos biológicos que menoscababan su integridad física (4). También encontró en la magia y la superstición, consuelo para sus temores y las respuestas a misterios como el nacimiento, el sueño y la muerte (3).

En los ritos médico-sacerdotales oficiaba el *shamán*, jefe natural de la comunidad, mediador entre su gente y el mundo espiritual, y a quien ha de considerarse como el primer sacerdote y el primer médico de la humanidad (3). Desde entonces se practicaron procedimientos quirúrgicos como las craneotomías, al parecer, para tratar las cefaleas y la epilepsia con sus espectaculares manifestaciones clínicas.

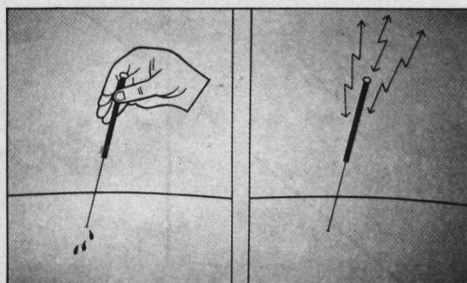
Egipto

En una etapa posterior, cuando el hombre aprendió a perpetuar su pensamiento y experiencia por medio de la escritura, surgieron diferencias de criterio según la ubicación de los grupos humanos. Los médicos egipcios (Fig. 2) ya barruntaban la idea biológico-científica (5), y a diferencia del *shamán* o médico brujo, eran hombres cultos y sabios. El más brillante exponente de la antigua medicina egipcia fue Imhotep, médico, sacerdote, astrónomo y arquitecto, que vivió hacia el año 3.000 a. de C., y quien varios siglos después de su muerte fue consagrado como el dios de la medicina egipcia; ésta centró la función vital en la respiración y en la circulación de la sangre, mientras que los médicos asirios, caldeos y babilónicos consideraban el hígado como asiento de la vida.

Los papiros médicos egipcios, entre los cuales los más conocidos son los de Ebers y Edwin Smith, evidencian un enfoque racional en medicina y cirugía, basado en la experiencia y la observación clínica, que hasta les permitió identificar el cáncer, unos 2.000 años a. de C. El embalsamador egipcio, de destacado desempeño, tenía el deber de evitar la putrefacción del cadáver, correspondiéndole al médico prevenirla

Doctor Joaquín Silva Silva, Prof. Asoc., Fac. de Med. de la U. Nal. de Colombia, Presidente del Comité de Educación en Cirugía Gral. de ASCOFAME, Coordinador del Comité de Educación de la Soc. Col. de Cirugía.

*Reseña presentada en el XIV Congreso de la Sociedad Colombiana de Cirugía, Bogotá, 25 de agosto de 1988, como “Oración, Maestros de la Cirugía Colombiana”, y ante la Academia Nacional de Medicina en la ceremonia de recepción del autor como Miembro Correspondiente de esta Corporación, Bogotá, 25 de mayo de 1989.

Fig. 4. *El Buen Samaritano.*Fig. 5. *Operación de cataratas (cirugía india).*Fig. 6. *Agujas chinas de acupuntura.*

en el organismo vivo mediante la limpieza de los intestinos con enemas y purgantes. Siglos más tarde, en el año 300 a. de C., hubo en Alejandría una gran escuela de medicina en la que Herófilo y Erasístrato, famosos médicos griegos, enseñaron disección del cuerpo humano, cuya práctica cambió el rumbo de la medicina y abrió el camino al concepto de que las enfermedades tienen su asiento en determinados órganos y no en ningún sistema de humores misteriosos (5).

Mesopotamia (Babilonia)

En Mesopotamia la medicina era una arte sagrado que se enseñaba en el templo; éste era el escenario natural donde actuaba el médico sacerdote, persona versada en ciencia, religión, literatura y en los secretos del rito y la magia, la adivinación y la astrología (Fig. 3). Los médicos mesopotámicos trataban las enfermedades por medio de drogas, fumigación y baños medicinales. Tuvieron un conocimiento empírico de la cirugía, incluyendo operaciones oculares y flebotomías (5).

Pueblo hebreo

La medicina hebrea, igualmente teológica, hizo una gran contribución representada en la codificación de los principios de la higiene privada y pública. Moisés, el sabio legislador y egregio conductor de los hebreos, actuó franca y decididamente en procura de la salud de su pueblo.

Los médicos hebreos lograron importantes adelantos en epidemiología; confirmaron la transmisión de las pestes por las ratas, pero practicaron muy poca cirugía, limitada casi exclusivamente a la circuncisión. En la Biblia, esa obra grandiosa donde se abrevan valiosas enseñanzas y se tipifican las cualidades y defectos del hombre, se consignan extensas descripciones de enfermedades infecciosas, endocrinas y mentales, casi siempre consideradas como castigo al pecado.

Ya en el Nuevo Testamento nos topamos con Lucas, uno de los cuatro evangelistas, médico de profesión, quien en sus evangelios relata con vivo realismo numerosos milagros en los cuales muchas personas de variada índole y con diferentes enfermedades, recuperaron la salud y la vida de manos de su Divino Maestro, médico por antonomasia del cuerpo y del alma. Pero San Lucas es llamado también el evangelista de la misericordia por ser el único de los cuatro que nos escenifica las parábolas del Hijo Pródigo y la del Buen Samaritano. Esta última es un verdadero tratado de deon-

tología médica, cuyo texto no me resisto a transcribir: "Bajaba un hombre de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de los ladrones que lo despojaron de todo, le cubrieron de heridas y se fueron, dejándolo medio muerto (Fig. 4).

Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote y, aunque le vio, pasóse de largo. Igualmente un levita, a pesar de que se halló vecino al sitio y le miró, siguió adelante. Pero un pasajero de nación samaritano llegóse a donde estaba, y viéndole movióse a compasión; y arrimándose vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y cuidó de él... Quién de estos tres te parece haber sido prójimo [y médico] del que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor de la ley, que usó con él de misericordia. Pues anda, díjole Jesús, y haz tú mismo" (6). Esta parábola resume el verdadero significado del apostolado médico, inspirado en el espíritu de caridad cristiana y de solidaridad humana.

India

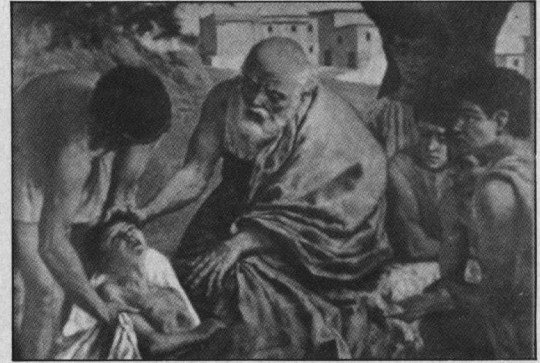
Volvamos ahora la mirada hacia el Lejano Oriente y fijémosla brevemente en dos civilizaciones antiguas: la India y la China. El concepto básico de la medicina india, era el equilibrio de tres elementos corporales: el aire, la flema y la bilis, y su alteración causaba la enfermedad. Desarrollaron el conocimiento del pulso y utilizaron el sentido del gusto para diagnosticar la diabetes. La cirugía adquirió un alto nivel; se practicaron laparotomías y extracción de cataratas (Fig. 5), usando la hipnosis como anestesia (5).

China

La medicina china se inició poco después del año 3.000 a. de C., y desde sus primeros tiempos creó la acupuntura como medio terapéutico, basada en la introducción de pequeñas agujas (Fig. 6) por imaginarios canales llamados *chin* por los cuales se suponía que circulaban los dos principios vitales: el *yang* o elemento masculino, y el *yin* o elemento femenino; con la punción se despejaban las obstrucciones que impedían la eliminación de las secreciones malignas permitiéndoles escapar, restaurando así el equilibrio orgánico alterado (5).

Medicina precolombina

Sincrónicamente con lo que ocurría en el viejo mundo, aqueude los mares, en la vírgenes selvas y llanuras america-

Fig. 7. *Shamán americano.*Fig. 8. *Esculapio.*Fig. 9. *Hipócrates atendiendo un niño enfermo. (460 a 377 a. de C.)*

nas, habitaban otros seres racionales distribuidos de norte a sur en diversas tribus y culturas indígenas en las que el “triángulo hipocrático” también era tenido en cuenta intuitivamente, con una filosofía, unas creencias y costumbres similares a las que identificaban a sus congéneres del otro hemisferio. Los *shamanes* llevaban aquí, igual que allá, la responsabilidad de la prevención y curación de las enfermedades que, al ser originadas por causas mágicas, debían tratarse mágicamente mediante la práctica de ensalmos, rituales y oraciones; en muchos casos intervenía la brujería, patrimonio de los brujos de inferior categoría profesional. Nuestros aborígenes también hacían uso de elementos animales, especialmente plumas multicolores para allegar fuerzas extrahumanas que dieran mayor eficacia al ejercicio de su dedicada misión de curar (7) (Fig. 7).

Es preciso destacar el arsenal terapéutico de la medicina indígena americana autóctona a base de yerbas, plantas y sustancias animales cuyo poder curativo es innegable (8). Bástenos mencionar la quina, la coca, la ipecacuana, la zarzaparrilla, el curare, gran número de cardiotónicos, analgésicos y alusinógenos. Quirúrgicamente nuestros antepasados indígenas practicaron varias intervenciones entre las que se cuentan las ya mencionadas trepanaciones, con supervivencias demostradas (10).

A la llegada de los descubridores y conquistadores de América, la medicina aborígen, semilla de la nuestra, había alcanzado un importante desarrollo que proporcionó avances significativos a la medicina y a la cirugía europeas de la época (10).

Grecia

De regreso al viejo mundo, encaminamos nuestros pasos a Grecia ese emporio de las ciencias y las artes, si alguna vez lo hubo en la historia antigua. En el comienzo, la medicina tuvo un carácter mitológico, personificado primero en Apolo, dios multifacético del Olimpo, que heredó a su hijo Esculapio (Fig. 8), concebido en la ninfa Coronis, las excelencias y divinidades de ser el dios de la medicina en la cual fue iniciado por el sabio y bondadoso centauro Quirón (12).

Pero los precursores de la medicina racional helénica fueron los primeros filósofos de la Grecia primigenia, que consideraron al hombre como un ente dotado de individualidad, libertad biológica y raciocinio útil (12). Se esgrimieron las teorías de que el agua era el principio fundamental de todas las cosas; de que el aire o neuma era el elemento vital que

hacía posible la vida humana mediante la respiración, y de que el cerebro tenía estrechas relaciones con los órganos de los sentidos. El médico-filósofo Demócrito, creador del atomismo o doctrina de la formación del mundo por combinación fortuita de los átomos, buscó las causas de las epidemias, en particular la de la rabia, y estudió la influencia terapéutica de la música, anticipándose así por muchos siglos al concepto expresado por Juan Pablo Richter quien sostuvo que “La música es el claro de luna en la noche tenebrosa de la vida”. No obstante, esta época pre-hipocrática fue de escasa influencia sobre la evolución científica de la medicina.

Flotando en medio del mar Egeo emergía la isla griega de Cos. Su ancestral placidez se sintió arrullada en el año 460 a. de C., por el primer llanto de un niño predestinado que acababa de nacer: era Hipócrates, el verdadero Padre de la Medicina (Fig. 9). No le precedió médico alguno que le igualara en conocimientos ni en la cantidad y calidad de su obra compilada en el *Corpus Hipocratum*. Su mentalidad médica concibió la enfermedad como un proceso natural debido a causas también naturales: medio ambiente, clima, dieta, género de vida; el organismo posee sus propios medios para recuperarse; la fiebre expresa la lucha de éste por su recuperación; la salud es el resultado de la armonía mutua entre todos los humores; un hombre saludable es aquel que goza de un estado mental y físico en perfecto equilibrio (12); la reputación del médico se basa en su devoción profesional y la elevada calidad ética de su conducta. Hipócrates y sus discípulos reunieron historias de casos clínicos como nadie lo había hecho anteriormente; describió el proceso de las enfermedades con riguroso espíritu científico; observó la neumonía, la pleuresía, la tuberculosis y el paludismo. Escribió el primer tratado de salud pública y geografía médica; hizo la primera descripción de los cálculos renales. Sus escritos sobre enfermedades infantiles, lesiones de la cabeza, fracturas y articulaciones, figuran como obras ejemplares; sus aforismos y preceptos como el “Juramento del Médico”, fueron inspirados por el sentido humanitario y el amor al hombre que durante sus 83 años de vida caracterizó al más notable de los genios griegos (12). Así era y así enseñaba este descomunal sabio, auténtico fanal de la ciencia, que iluminó los caminos de la medicina desde la antigüedad griega a través de los siglos.

También las grandes escuelas filosóficas de la época hipocrática, básicamente representadas por Platón y su discípulo Aristóteles, realizaron incursiones en los terrenos de la me-



Fig. 10. Cornelio Celso.



Fig. 11. Claudio Galeno. Siglo II.



Fig. 12. Avicena, el "Galeno Persa".

dicina. Las creencias médicas de Platón asignaban al hombre un alma inmortal que residía en la cabeza, así como una mortal que se alojaba en el torso; el corazón era el manantial de la sangre y el hígado, el espejo del alma. Fue Platón quien primero empleó el término anestesia, que en griego significa privación general o parcial de la sensibilidad. Aristóteles, hijo de un médico del rey de Macedonia, estudió en la academia de Platón; consideró el corazón como la sede de las emociones, y muchos de sus trabajos versaron sobre temas médicos como la respiración, la longevidad, las sensaciones y los sueños. Uno de sus preceptos enseñaba que el filósofo debe comenzar estudiando medicina, y el médico debe terminar estudiando filosofía (12).

Roma

El águila romana, símbolo del poderoso imperio, abrió sus alas gigantescas y cubrió con ellas el mundo conocido, con la ambición de dominarlo en todos los campos. Inicialmente, la medicina romana no era sino un conglomerado de magia y empirismo. Más luego llegó procedente del Asia Menor un maestro en oratoria llamado Asclepiades que tenía a toda Roma pendiente de su verbo de oro, y que terminó revelándose como un médico eminente, a pesar de haber combatido algunas doctrinas hipocráticas. Durante su brillante carrera, Asclepiades distinguió entre enfermedades agudas y crónicas, fue el primer médico que calmó a los enfermos mentales tratándolos con ternura y haciéndolos tomar baños de sol y escuchar música (13).

Cornelio Celso siendo un patricio enciclopedista de elevada condición social (Fig. 10), no debía practicar la medicina; sin embargo, se dedicó a ella por su interés científico y humanitario; preconizó y tomó en cuenta la famosa tétrada: rubor, tumor, calor y dolor, especialmente en el tratamiento de las heridas de guerra; escribió la primera historia de la medicina organizada desde sus albores hasta la medicina hipocrática y alejandrina. Según su criterio, "el arte de la medicina debía ser racional; abrir los cuerpos de los muertos es una necesidad para los que aprenden". Celso, además, describió minuciosamente los instrumentos quirúrgicos de su tiempo, y muchos de los procedimientos usados en cirugía.

Otro gran exponente de la ciencia, también de extirpe patricia de la Roma imperial, fue el naturalista Cayo Plinio

Segundo llamado Plinio el Viejo; insaciable en su afán de saber, llevó cuanto oía o leía a su Historia Natural, obra inmensa de 37 volúmenes, en la que consignó interesantes conocimientos de anatomía, fisiología, farmacología, enfermedades diversas y sus tratamientos, unos mágicos y otros racionales (13).

Para cerrar esta galería resumida de científicos eminentes del período de los Césares romanos, debemos mencionar que en el año 162 de nuestra era, reinando el emperador Marco Aurelio, llegó a Roma procedente del Asia Menor, un joven griego de 34 años de edad, brillante y ególatra, rebosante de sabiduría: era Claudio Galeno (Fig. 11), quien logró llamar la atención por sus acertados diagnósticos a pacientes destacados que lo proclamaban como milagroso. Siguiendo la teoría conocida del pneuma o espíritu vital, sospechó la presencia del oxígeno en el aire y afirmó: "Cuando sepamos lo que alimenta una llama, conoceremos la causa del calor orgánico, y el componente específico del pneuma capaz de sostener la vida". Discípulo de Hipócrates a quien reconoció como su maestro, Galeno produjo 500 trabajos relacionados con los diferentes aspectos de la ciencia y de la práctica médico-quirúrgica. Durante mil años la concepción galénica, esencialmente anatómica y experimental, junto con las enseñanzas de su predecesor Dioscórides, fueron el faro que orientó casi todo el ejercicio de la medicina y de la cirugía en Roma y sus dominios (14).

En esta época se regularizaron los estudios de medicina, habiéndose establecido la licencia médica desde el siglo III a. de C.; hubo entonces urólogos, ginecólogos y oftalmólogos.

Las damas médicas que escribían manuales sobre el aborto, eran las preferidas de las mujeres de la corte imperial. Se disponía ya de cerca de 200 instrumentos quirúrgicos y se aplicaba la anestesia con esponjas colocadas en la boca del paciente, de las cuales goteaban jugos soporíferos como el famoso licor de mandrágora, planta hechicera, alrededor de la cual se tejieron leyendas fabulosas (15).

En el último siglo del Imperio Romano de Occidente se aceleraron la corrupción y la decadencia de las costumbres, y con ella se malogró la medicina enseñada y practicada por los médicos griegos quienes, a través de todas las etapas del imperio, cumplieron en el campo de la ciencia médica, la sentencia de Horacio, el poeta latino: "Grecia, de conquistada se convirtió en conquistadora".



Fig. 13. "Paracelso" en su cátedra.

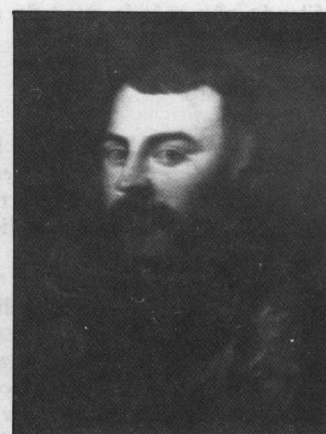
Fig. 14. Ambrosio Paré.
Siglo XVI.

Fig. 15. Andrés Vesalio.

Bizancio

En Bizancio, capital del Imperio Romano de Oriente, la Iglesia dominaba el ejercicio de la medicina. Suelen considerarse como los primeros médicos cristianos del imperio, los hermanos Cosme y Damián, mártires de sus creencias y de su profesión, que siempre ejercieron gratuitamente, y a quienes se reconoce como los santos patronos de los médicos y cirujanos, cuya fiesta se celebra todos los años el 27 de septiembre. El estado bizantino instituyó numerosos hospitales y casas de beneficencia con destinación diversa. El más famoso de los médicos de Bizancio, fue Oribasio, autor de más de 70 tratados sobre medicina, y quien reunió las obras de los médicos de la antigüedad y de su época. En Constantinopla, antiguo Bizancio, como en Siria y Persia, también germinaron las simientes sembradas por Grecia y Roma, a pesar de las innumerables controversias teológicas que las rodearon e interfirieron su normal desarrollo (16).

Pueblo árabe

En las legendarias tierras de las Mil y Una Noches, donde alternan los desiertos con los oasis, habitaba el pueblo árabe, aguerrido y emprendedor que habría de dominar gran parte del viejo mundo en diversos campos, como los de las artes y las ciencias, incluidas las médicas. Ya el Corán prescribía estrictamente las leyes de higiene personal. Se establecieron escuelas de medicina donde se obtuvieron rápidos progresos científicos y se desarrollaron nuevos sistemas para el tratamiento de las enfermedades. Uno de los más ilustres médicos islámicos fue Rhazés, quien deploró las prácticas médicas deshonestas y abogó por una estrecha relación entre el médico y el paciente. Produjo numerosas obras, una de ellas sobre la viruela y el sarampión, en la que por primera vez se explicaron con claridad estas dos enfermedades (17). El más connotado cirujano de la época fue Abul-Kassim de Córdoba, quien divulgó un importante tratado de cirugía. Pero el genuino exponente de los médicos árabes de entonces, cuya influencia se extendió durante centurias por el mundo islámico y Europa toda, fue Avicena el "Galeno persa" (Fig. 12). El *Canon Medicinae*, su obra maestra, se compone de 5 tomos que abarcan fisiología, higiene, terapéutica y materia médica. La medicina hispano-árabe tuvo su epicentro en la Universidad de Córdoba, famosa no sólo en España sino en toda Europa. En ella descollaron Avenzoar, Averroes y Maimónides, tres médicos filósofos, judío el último de ellos, que dejaron honda huella en los campos de la ciencia. La medicina árabe tiene el mérito de haber conservado para Occidente el tesoro médico producido por los griegos, enriqueciéndolo con sus adelan-

tos en química, botánica, farmacia y administración de hospitales que fueron modelo de bondad tanto por el tratamiento que recibía el enfermo como por su contribución a la enseñanza de la medicina y la cirugía (18).

Edad Media

En las primeras centurias de la Edad Media prevaleció la medicina monástica de la cual son fiel imagen la Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén, consagrada al servicio de los peregrinos enfermos, y la Orden Benedictina fundada por San Benito de Nursia en Montecassino, entre Roma y Nápoles, cuyos miembros una vez prometidos los votos de pobreza, castidad y obediencia, combinaban la religión con la erudición y la medicina (20). Pero a principios del siglo XIII, el saber médico conservado en los monasterios había pasado ya a las escuelas y universidades laicas. En 1315 descolló Mondino de Luzzi, primer anatomista europeo que realizó públicamente dentro de su cátedra, la disección del cuerpo humano, dando así a conocer en detalle a sus alumnos, todos los órganos anatómicos.

Pero quizás la mayor contribución de las generaciones medievales a la medicina y a la salud pública, fueron los hospitales fundados en Roma, París y Londres. La primera escuela de medicina laica del Occidente cristiano, de la cual se originaron todas las demás, fue la de Salerno, situada a orillas del azul y tranquilo mar Tirreno, en donde se reunieron las culturas hebrea, griega, latina y árabe para impartir una educación universal, lo cual se logró, en gran parte, a través de la obra médica de mayor circulación en su época, titulada *Regimen Sanitatis Salernitanum* que involucra casi todos los conocimientos de la medicina y la cirugía medievales (20).

El tratamiento médico en los tiempos del medioevo estaba basado en la expulsión de los humores corrompidos por medio de purgas, eméticos, sangrías, enemas y ventosas. En la universidad de Bolonia también se enseñaba la medicina astrológica; se consideraba que la luna ejercía una marcada influencia en los procesos biológicos, y que las plagas derivaban de una maligna conjunción de las estrellas (20).

Por una curiosa coincidencia, la Edad Media comienza y termina con dos de las más catastróficas pestes que jamás asolaran a Europa: la del siglo VI y la devastadora del XIV, llamada la "Muerte Negra", que acabó casi con la mitad de la población del continente. Fue entonces cuando la lepra, que venía del Cercano Oriente, se convirtió en pandémica,

afilando aún más la guadaña de la muerte en el escenario medioeval del orbe civilizado.

Renacimiento

En el año memorable de 1543 fue publicada la obra titulada *De Revolutionibus Orbium Celestium* de Nicolás Copérnico, sabio polaco, matemático, astrónomo, médico y sacerdote, que con sus novedosos estudios científicos revolucionó la teoría del sistema solar.

En esta etapa histórica, la sífilis, como un fantasma diabólico hizo su trágica aparición, convirtiéndose en el terrible azote del mundo renacentista. El médico epidemiólogo Gerónimo Fracastoro, alumno de la famosa universidad de Padua, padre de la patología y precursor de la teoría microbiana (19), escribió hacia 1535 un poema en el que relata las aventuras de un apuesto pastor llamado Syphylus, quien insultó a Apolo y por ello fue castigado con una horrible enfermedad que lo desfiguró físicamente. De este personaje fabuloso tomó la enfermedad su nombre (21).

El médico suizo conocido como Paracelso (Fig. 13), fue uno de los fundadores de la medicina experimental. Con su espíritu rebelde reexaminó los problemas básicos del arte de curar; sostuvo que lo que hace al médico realmente bueno es la observación de la naturaleza y, sobre todo, la experiencia junto al lecho del enfermo; fue el primero en emplear minerales en la elaboración de los medicamentos, y ayudó a elevar el nivel ético de la profesión médica con su conocido proverbio: "El más precioso don que poseemos los médicos es nuestro arte de curar; después viene el amor por nuestros pacientes, siendo la esperanza la clave de ambos"; y repetía emocionado: "La medicina es amor".

La ambigua situación de los cirujanos renacentistas fue realizada por Ambrosio Paré (Fig. 14), bondadoso barbero-cirujano francés que revolucionó el tratamiento de las heridas por arma de fuego, recientemente inventadas, e introdujo la ligadura de las arterias en las amputaciones. Fue el primero en ejecutar la herniotomía sin castración; se preocupó por hacer menos dolorosos los procedimientos quirúrgicos, para lograr lo cual sustituyó la cauterización al rojo vivo y al aceite hirviendo, por un bálsamo suave, con excelentes resul-

tados (21). En su cátedra recomendó la cirugía del cáncer solamente cuando éste pudiera ser extirpado totalmente (22).

Los cirujanos del Renacimiento aprendieron a usar el colgajo de piel para la rinoplastia, e innovaron la litotomía para los cálculos renales. Su interés por la oftalmología revivió después de que Leonardo da Vinci elogió la perfección del ojo humano. Tanto da Vinci como Miguel Angel diseccionaron cadáveres y se hicieron expertos anatomistas, como puede apreciarse en sus inmortales obras pictóricas y escultóricas.

Pero el verdadero médico anatomista del Renacimiento fue el flamenco Andrés Vesalio (Fig. 15) quien, además, fue profesor de cirugía. Su excepcional obra *De humani corporis fabrica*, impresa en 1543 con dibujos casi perfectos, constituyó uno de los textos más sobresalientes jamás publicados en la historia de la medicina y la cirugía, iniciación de la moderna ciencia anatómica (21).

Siglo XVII

Así llegamos, a grandes pinceladas, al siglo XVII, período que podríamos considerar como un nuevo amanecer y el punto de partida de los adelantos y perspectivas científicas maravillosas que habrían de convertirse en hechos tangibles durante las edades históricas conocidas como Moderna y Contemporánea. Sus interesantes desarrollos en los campos de la ciencia y la tecnología son incentivos apasionantes para los estudiosos de la historia médico-quirúrgica, cuyo culto, siendo profundamente humano, es imperativo en la estructuración sólida del médico auténtico, formado con espíritu humanístico.

Esta apretada síntesis de "Los Albores de la Medicina y la Cirugía" relatada con las inevitables omisiones en un acontecer milenar, que se intenta dibujar dentro de un marco y un lapso limitados, corresponde en un todo, sin embargo, a la definición que de la Historia diera Cicerón, el famoso pensador e inmortal orador romano, cuando dijo: "La Historia es el testigo de los tiempos, la antorcha de la verdad, la vida de la memoria, el maestro de la vida, el mensajero de la antigüedad".

REFERENCIAS

- Moore FD: Teaching the Two Faces of Medical History. Surg Clin N Am 1987 Dec; 67(6): 1121-6
- Historia de la Medicina. En: Enciclop Univ Ilust Europeo Americ. Espasa Calpe S.A., Madrid-Barcelona. T.XXX IX, 1981
- Medicina Prehist. y Medicina Mágica. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1964 feb; 2(2): 34-42
- Martínez A: Concepción Biológica del Hombre Primitivo. Tribuna Médica 1971 mar; 40(10): 24-8
- Medicina Arcaica. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1964 may; 2(5): 33-48
- La Sagrada Biblia. J. Straubinger. The Catholic Press, Barsa, Chicago, 1968
- Urbina F: Mito y Plumería. El vuelo del Shamán. Lámpara 95 1984 jul; 22: 6-10
- Chaves A, Villa E: Anotaciones sobre la salud de la población rural de Boyacá. Universitas Humanística 1983 ene-jun; Año XII: 19
- Martí J: Medicina en Hispanoamérica. Ayer y Hoy. MD en Español 1972 oct; 10(10): 62-4
- Osorio E, Patarroyo ME: Los primeros pasos de la medicina colombiana. Bol de la Soc Col de Hist de la Med 1985 mar; 4: 1-3
- Arte de la América Precolombina. En: Historia del Arte. Pijoan, Salvat, Barcelona, 1969; T.1.: 37-56
- Medicina Griega. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1964 agto; 2(8): 37-50
- Medicina Romana. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1964 nov; 2(11): 35-48
- Galeño. En: Enciclop Britán Barsa. W. Benton, Chicago 1967; T.VII: 211B-12
- Boussel P, Bonnemain H, Bové FJ: Historia de la Farmacia. Ed Doyma S.A. Traversa de Gracia, Barcelona, 1984 (P & D)
- Medicina Bizantina. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1965 feb; 3(2): 39-50
- Behbehani AM: Rhazes. The Original Portrayal of Smallpox. JAMA 1984 Dec; 252(22): 3.156-9
- Medicina Árabe. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1965 may; 3(5): 47-64
- Historia de la Medicina. En: Enciclop Británica Barsa. W. Benton, Chicago 1967; T.X: 216-23
- Medicina Medioeval. En: Epopeya de la Medicina MD en Español 1965 agto; 3(8): 41-57
- Medicina Renacentista. En: Epopeya de la Medicina. MD en Español 1965 nov; 3(11): 43-65
- Closing In On Cancer. Solving a 5.000 years-old Mystery. NIH Publication 1987 sep; 87: 29-55